

ideal, que, de etapa en etapa, aclara ante sí mismo, desvela y revela al Espíritu. El concepto con que empezamos se perfecciona en otro; éste, a su vez, en otro, y así sucesivamente, en cadena de diamante, en disciplina dialéctica, que nos aprisiona, para, al cabo, dotarnos de la suma libertad. Como el Espíritu no consiste en otra cosa que en conocerse, y lo logra *idealmente* en ese proceso lógico, quiere decirse que él es este proceso mismo, que es, por tanto, evolución conceptual; concepto que se va transformando y enriqueciendo, como el árbol evoluciona, por íntimo despliegue, desde ser simiente hasta ser árbol.

Resulta, pues, que para Hegel la última realidad del universo es por sí evolución y progreso; consecuentemente, que lo cósmico es, desde luego, histórico. Sólo que la expresión propia de aquella evolución absoluta es la cadena de la *Lógica*, la cual es una historia sin tiempo. La historia efectiva es la proyección en el tiempo de esa pura serie de ideas, de ese proceso lógico. Cada uno de sus estadios adquiere al fijarse, al acaecer en un instante del tiempo, cierta existencia aparte. Y la serie temporal de estos acontecimientos evolutivos del Espíritu es la Historia universal. Cada estadio lógico es *vivido*, representado, ejecutado por algún gran pueblo—Egipto, Persia, Grecia, Roma, etc.—, que de este modo, como momento necesario en el autocoñocimiento del Espíritu universal, adquiere un sentido, un valor absoluto.

Hay en la filosofía histórica de Hegel la ambición de justificar cada época, cada etapa humana, evitando la indiscreción del vulgar progresismo, que considera todo el pasado como pura e inútil barbarie. Así pensaban el siglo XVII y el XVIII, para quienes razón e historia son antitéticas—por ser la historia, es decir, lo que ha pasado antes del advenimiento de la *raison*, una pura irracionalidad.—Hegel quiere demostrar, por el contrario, que lo histórico es emanación de la razón, que el pretérito tiene buen sentido o, dicho de otro modo, que la Historia universal no es una retahíla de ineptias, sino que en su gigantesca secuencia ha pasado algo serio, algo que tiene realidad, estructura, razón. Y para esto intenta mostrar que todas las épocas han tenido razón, precisamente porque fueron diferentes y aún contradictorias.

Pero esta ordenación de las edades y de los pueblos como estadios del Espíritu en su larga faena esencial de conocerse a sí mismo no puede verificarse sino cuando, al cabo, logra el Espíritu terminar ese descubrimiento de sí propio. Esto—claro está—no aconteció hasta nuestros días, que son, que fueron, los de Hegel. Sólo desde el presente, y en función de lo que es para nosotros nuestra vida, cabe, según Hegel, justificar las edades pretéritas; sólo desde el *espíritu de nuestro pueblo* cabe dignificar a los espíritus de los pueblos antiguos. ¿Cómo? Mostrando que sin ellos nuestro presente no existiría, que fueron

los escalones para que nosotros pudiésemos llegar a esta deleitable suma altura en que estamos y que somos. (El optimismo sin reticencia que esta actitud de Hegel revela es un buen punto del contraste para definir el cambio de sensibilidad que en los últimos años ha experimentado el alma "moderna", sobre todo la europea. El "moderno" no se cree ya tan ingenuante la edad definitiva). En la filosofía hegeliana de la historia, todas las calificaciones y valoraciones del pretérito están calculadas en vista del presente como término de la evolución. Lo histórico es sólo el pasado. Nosotros somos su lucido resultado. "El Espíritu del mundo actual es el concepto que el Espíritu ha llegado a tener de sí mismo; él es quien posee y rige el mundo y es el resultado de los esfuerzos de seis mil años." A mí me abruma la cantidad de gratitud que esta idea me impone para esos seis mil años y esos miles de millones de hombres que se han fatigado en producirme. Pero ésta es la dimensión de ingenuidad que reside en el hegelismo—de ingenuidad y de crueldad imperial.—Es un pensamiento de Faraón, que mira el hormiguero de trabajadores afanados en construir su pirámide. A él debe el sistema de Hegel su carácter de sistema cerrado, sin evolución más allá de sí mismo, sin mañana. El presente, para Hegel, no es un tiempo cualquiera: es éste, y sólo éste. Y por eso nuestro presente no cambiará en nada esencial, perdurará idéntico, sin preterir jamás. (El estado de espíritu de un Trajano cuando edifica sus edificios eternos). El historiador que con su persona cierra, tapona el curso futuro de la historia es arrastrado por él—no lo domina, hace de sí un pretérito perfecto.—Y la defensa de que la filosofía hegeliana se ha hecho diciendo que en ella misma está previsto el lugar que ella ocupa—ser la verdad de su época (como el rey que deja en el monumento preparado su tumba), revela una aceptación del relativismo que pondría fuera de sí al imperial, al "absoluto" Hé-

gel.—Todo relativismo es escepticismo. Esa verdad *para* un tiempo no es la *verdad*. De todos modos, el tema de nuestro tiempo—la unión de lo temporal y lo eterno—no está resuelto en Hegel.

El caso de Hegel patentiza sonoramente el error que hay en definir lo histórico como el pasado. Una concepción cautelosa de lo real histórico tiene que contar con el futuro, con nuestro futuro, no sólo con nosotros, en cuanto futuro de lo pretérito. Así acaece que esta filosofía de la historia no tiene futuro, no tiene escape. Por eso es de un peculiarísimo interés averiguar cómo se las arregla Hegel con América, que si es algo es algo futuro.

Pero antes conviene añadir unas palabras sobre lo que Hegel considera como pasado histórico. No se vaya a creer que un emperador está dispuesto, sin más ni más, a aceptar todo lo que se le presente. Pasado, en Hegel, son sólo aquellos pueblos que formaron claramente un Estado. La vida preestatal es irracional, y Hegel, en su racionalización de la historia, no llega a la generosidad de salvarla y justificarla toda. Es aún demasiado "racionalista". Antes del Estado no hay historia, sino sólo prehistoria, la cual se ocupa del hombre-naturaleza, sin auténtico pasado, como no lo tienen los átomos. Los pueblos primitivos, continentes enteros, no entran en la historia. "Son pueblos—dice—de conciencia turbia. Lo único propio y digno de la consideración filosófica es recoger la historia allí donde la nacionalidad empieza a manifestarse en su existencia terrestre".

¡Fuera, pues, los pueblos "salvajes"! Tras ellos comienza la historia propiamente tal; a ésta sigue el presente, que es la plena y estable cultura, que ya no es historia. ¿Cómo se las arreglarán los que vienen detrás?—preguntamos.—Hegel se inquieta un momento cuando la realidad le plantea esta pregunta—que es el aldabonazo del futuro.—Y esta pregunta se la hace América. Veamos cómo se comporta Hegel.

José Ortega y Gasset

18 de marzo de 1928.

## El estilo y la clase

=De *Crisol*. Madrid.=

Hoy a todo se llama socialismo. Pero hay un socialismo idealista en fracaso, y un socialismo ideológico que se realiza. Cuando cede el estado de guerra no hay por qué requisar intelectuales: es necesario acudir a ellos y encomendarles la edificación de la idea. Es el momento de la inteligencia. Ni se la acosa, ni se la deprecia: se la deprecia: se la pone en función holgadamente para que cumpla como buena.

Por los mismos días en que Mussolini licencia a los artistas que estaban amarrados a los galeones de su propaganda, congrega—de una voz—Stalin a los intelectuales. Ha sido en su famoso discurso. En

él se ha dirigido a esos que califica de "camaradas llenos de iniciativa", para mostrarles una más grande atención, mayor solicitud y recurrir de manera más franca a su colaboración". Resulta que hoy en Rusia hacen falta cinco veces más ingenieros, técnicos, directores, etc. Habrá, pues, más y mejor pagados. Y se les pagará en moneda rusa, aun cuando sean extranjeros, porque el proletariado ruso atiende especialmente a crear a sus propios intelectuales. Así lo recomienda Stalin; pero además atrae a los que hasta ahora perseguía por su procedencia burguesa. La razón es ingenua. Hace saber cómo la clase intelec-